

Adolfo Yáñez

PALABRAS
QUE NO LLEVA
EL VIENTO

*

—REFLEXIONES LAICAS—

Prólogo de José Luis Abellán



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
—COLECCIÓN ANAQUEL DE PENSAMIENTO—
MADRID • MMXIV

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © ADOLFO YÁÑEZ

Del prólogo © JOSÉ LUIS ABELLÁN

De la edición © CUADERNOS DEL LABERINTO
www.cuadernosdelaberinto.com

Diseño de la colección © Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Ilustración de cubierta © Tursunbaev Ruslan Shutterstock

Primera edición: Noviembre 2014

I.S.B.N: 978-84-942539-2-8

Depósito legal: M-30665-2014

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

A mis nietos Daniel, Ángela, Arturo...

*No para que crean mañana lo mismo que yo hoy,
sino para que mañana sepan lo que yo hoy creo.*

PRÓLOGO

LA FILOSOFÍA, UN SABER A QUÉ ATENERSE

Por José Luis Abellán¹

La filosofía ha sido definida en varias ocasiones como un *saber a qué atenerse*, entendiendo por este saber un principio de referencia, llámese ser, sustancia, yo, conciencia, vida, etc. En primer lugar, es evidente que dicho principio constituye un punto de partida con valor universal y, por lo tanto, no puede ser arbitrario. Cuando el autor del presente libro pretendió establecer dicho punto de partida intentó, por lo mismo, dejar también fuera toda arbitrariedad. Adolfo Yáñez no era un filósofo clásico, ni pretendía serlo; era un hombre sencillo, sin grandilocuencias de ningún tipo, pero con un claro afán de saber, con una indiscutible necesidad de *saber a qué atenerse*, es decir, de encontrar aquellas “palabras que no se lleva el viento”.

Y por eso recurre a lo que tiene más a mano —un diccionario, donde se hallan las palabras con las que quiere entenderse y comunicarse con los demás seres humanos—. En el diccionario está —se supone— todo el universo, y por ello es un punto de partida ideal que no presupone arbitrariedad alguna. Una prueba de esa pretendida objetividad es que Yáñez va eligiendo sus palabras por orden alfabético: de la A a la Y —curiosamente, no aparece la Z— sin presunción del mayor valor que puedan tener unas u otras. Este diccionario empieza con la palabra “Agnosticismo” y termina

1. JOSE LUIS ABELLÁN, pensador de proyección universal y prestigioso historiador de las ideas, ha ejercido como catedrático de filosofía en la Universidad Complutense, de la que, tras jubilarse, ha pasado a ser profesor emérito. Ha escrito más de cincuenta libros, entre los que nos atrevemos a destacar *El erasmismo español*, *El exilio español de 1939* —seis tomos—, *Ideas para el siglo XX*, *Los secretos de Cervantes y el exilio de don Quijote*, pero, sobre todo, su *Historia crítica del pensamiento español* —en siete volúmenes—. Fue miembro del Consejo Ejecutivo de la UNESCO y presidente del Ateneo de Madrid de 2001 a 2009. Se le ha otorgado el Premio Nacional de Ensayo (1981), la Encomienda de Alfonso X el Sabio, etc. También han reconocido su labor con valiosos galardones acreditadas instituciones de países como Estados Unidos. Sigue siendo reclamado para impartir cursos desde universidades de los cinco continentes.

con la palabra “Yo”, lo cual no deja de ser emblemático, porque, en efecto, para los seres humanos en cuanto individuos, todo empieza y acaba con un “yo”.

La neutralidad axiológica impregna todo el libro, constituyéndose como principal objetivo doctrinal del mismo. Este es el sentido que tiene la invocación al laicismo que aparece en el subtítulo: “Reflexiones laicas”. Ahora bien, la invocación no aparece sólo como subtítulo, sino que constituye la “almendra central” de su contenido, como se detalla en el artículo titulado “Laicidad”.

Me voy a permitir insistir en este aspecto, pues creo que es el mensaje ideológico fundamental que su autor quiere transmitirnos. Una sociedad laica es una sociedad en la que han desaparecido los dogmas autoritarios y las imposiciones arbitrarias y, por eso, una sociedad donde todos somos libres; de aquí que a través del laicismo se consiga dar al hombre el lugar exacto que debe ocupar en el cosmos. En este sentido, laicismo puede a su vez traducirse por una secularización en la que, mediante la consiguiente racionalización, cada hombre ocupe el lugar que le es propio.

Al llegar a este punto es cuando debemos centrar nuestra atención en lo que es el eje de dicha secularización, es decir, *la palabra*, ya que el hombre es el único ser al que le es permitido comunicarse mediante el lenguaje. De aquí también que, en un libro dedicado a la palabra, el concepto de ésta no puede faltar, y así ocurre en el correspondiente capítulo; aparece, pues, en el mismo y en su debido orden alfabético. Su definición me parece fundamental: “espejo poliédrico en que se mira la infinita complejidad humana”, y así se va reiterando una y otra vez en los diversos capítulos.

En esa riqueza parece clara una alusión al “universo” como *natura naturans*, que le sirve al autor en la multiplicidad de sus “reflexiones laicas”, tomando pie en ellas para desplegar un pensamiento rico y multifacético del que se desprende el inmenso placer de su lectura. A través de la extensión del libro aparece la singularidad de su autor. Adolfo Yáñez no es un escritor banal, sino de una enorme riqueza conceptual, de manera que en sus reflexiones se va perfilando nuestro pensamiento. Me gustaría empujar al posible lector hacia la lectura de esta obra, en la seguridad de que ello es un sólido acicate para la elaboración del pensamiento propio.

Al mencionar al autor quizá el lector espere una biografía de Adolfo Yáñez que revele sus excepcionales dotes, pero nada de eso puedo hacer. Es un hombre normal, humilde, con una buena formación universitaria en filosofía y en francés —idioma que domina—, con amplias habilidades para la poesía y la prosa, y si algo le distingue es la riqueza de su capacidad intelectual, lo que ha hecho él de sí mismo y, por eso, un ejemplo que nos incita a sacar también lo mejor de nosotros. Aquí radica su ejemplaridad que quiero resaltar al final de mi escrito de presentación.

Y ello porque estoy convencido de que todos tenemos en nuestro vocabulario personal “palabras que no se va a llevar el viento”. Animar a que cada lector haga lo propio es mi mayor deseo, y estoy convencido que también el del autor del libro.

El Escorial, septiembre de 2014

INTRODUCCIÓN

¿POR QUÉ ESTAS REFLEXIONES?

Dicen que las palabras se las lleva el viento. Y es verdad. Es verdad ese viejo aserto si nos referimos al hecho de que sólo permanece lo que se escribe o lo que se graba, pues el aire es un ancho camino por el que la voz humana se escapa demasiado fácilmente, sin dejar tras de sí huellas ni compromisos.

Es cierto también que hay palabras ligeras, sin consistencia, que vienen y van. Algunas se inflan e inflan de repente como globos y parecen llamadas a llenar el mundo, pero no esconden nada y se diluyen cuando menos nos damos cuenta con la misma celeridad que tuvieron al llegar. Hoy está de moda hablar, por ejemplo, de globalización, de “músculo” financiero, de mileuristas... Igual que en otros tiempos fue frecuente en España aludir a temas de los que ya casi nadie se acuerda. ¿Los jóvenes actuales, entretenidos con su “nintendo”, su “i-pot” o su “e-book”, imaginarán siquiera lo que hace medio siglo supuso entre los adolescentes una popular distracción nacional que denominábamos guateques o lo que significaron corrientes políticas o filosofías como el eurocomunismo o el existencialismo, generadoras de formas de vivir, de doctas conferencias y de innumerables libros? ¿Sabrán la presencia que en la vida diaria de sus abuelos tuvieron pequeñas cosas como los bioldos, las artesas o las tinajas? Esas palabras —podría enumerar docenas— pertenecen al elenco de vocablos que estuvieron en labios de todos en determinadas épocas y luego se evaporaron sigilosamente. Como se esfumarán muchas que en estos momentos aparecen a cualquier hora en los periódicos o en nuestras conversaciones.

Otras, sin embargo, tienen peso, permanecen de continuo, se adhieren a no importa qué latitud y a no importa qué tiempo. Son *principio de partida y referencia para filosofar y saber a qué atenernos en la vida*, como indica el profesor Abellán en el prólogo que ha tenido la delicadeza de escribirme para este libro y que le agradezco infinitamente. Figuran en los incontables idiomas que nos hemos dado los hombres e inciden en el pobre y en el poderoso, en el ignorante y en el sabio, en el corrupto y en

el honesto. A una selección de tales palabras voy a referirme en las páginas que siguen. Porque no son efímeras ni jamás se vacían de sustancia. Porque poseen carne de eternidad y no hay vendaval que se las lleve. Porque sirven de armazón a nuestro cerebro y ordenan los pasos que damos desde la cuna a la sepultura.

Conviene tener claro que su universalidad no las convierte por ello en unívocas ni transparentes; las palabras importantes guardan con frecuencia en su entraña enfoques múltiples. Tampoco son, forzosamente, palabras inocentes. A veces, dan la impresión de que necesitan oponerse con ferocidad entre ellas para ganar adhesiones entre quienes las utilizamos, aunque seamos nosotros, claro está, los culpables de que determinados términos se conviertan en fortines belicosos o en belicosas trincheras. También a nosotros nos deben esos términos el que, en numerosas ocasiones, disfruten de una beatífica aureola que no siempre merecen. ¿No es ésta la razón por la que las grandes máquinas de poder —partidos políticos, confesiones religiosas, medios de comunicación, “lobbys” o empresas multinacionales— se afanan en imponer su propio vocabulario? ¿No es porque saben que, a través de las palabras, se crean costumbres y dependencias en las que hay mucho que perder o ganar?

La Historia demuestra, por otra parte, que a hombres y mujeres nos encanta convertir ciertos vocablos en dardos envenenados para hacer daño a los demás. Incluso para matar o para dejarnos matar por ellos, que de todo hemos tenido en la azarosa tragicomedia de nuestro devenir humano. ¿Cuántos millones de personas no habrán muerto a causa de palabras a las que dotamos de un deslumbrante hechizo, aunque —quienes cayeron en el cepo de su seducción— ignoraron todos sus perfiles y nunca llegaron a conocer en profundidad lo que esas palabras ocultaban en cada momento? ¿Se pueden enumerar las víctimas que inmolaron sus vidas gritando patria, justicia, democracia o libertad, sin saber a qué servían en realidad y quiénes eran los que manipulaban groseros egoísmos detrás de tan hermosos conceptos?

En cualquier caso, he decidido escribir pequeñas reflexiones personales sobre *palabras que no lleva el viento* por dos motivos esenciales. En primer lugar, para mejor conocerme a mí mismo, pues considero que, haciendo coagular en algunas cuartillas lo que pienso, puedo “verme” de

manera precisa, con menores vaguedades que si esos sentimientos los dejara flotando en mi intimidad. En segundo lugar, porque he creído que estas reflexiones —que me limito a mostrárselas a los demás y que no pretendo imponérselas a nadie— quizá ayuden a despertar en otros el afán de contrastar sus ideas con las mías y a perfilar mejor aquello en lo que creen. Prácticamente la totalidad de los vocablos que he seleccionado han producido y seguirán produciendo montañas de sesudos libros. Como es lógico, mis breves reflexiones no agotan nada ni quieren ser luz determinante para nadie. He dejado en ellas simples chispazos personales que añado a las brillantes hogueras que otros, con mayor talla intelectual que yo, hicieron con cada una de esas palabras. Indico en la portada que son reflexiones laicas porque nuestra sociedad ha estado casi siempre *preñada de Dios*, como afirmaba Ciorán, y Dios lo ha imbuido todo: el bien, el mal, la vida, la muerte, la libertad, las guerras... Hora es de que la existencia humana la enfoquemos desde una laicidad que, en mi opinión, debería irse abriendo camino cada vez más. Para beneficio también de los que se sienten profundamente religiosos.

¿Hay cuestiones de las que sólo deben hablar los grandes pensadores? ¿Será una osadía que quienes no pasamos de ciudadanos de a pie expongamos con humildad aquellos mojones ideológicos que delimitan nuestra acción y nuestra vida? Decía Rabindranath Tagore que *el bosque sería muy triste si en él sólo cantaran los pájaros que mejor lo hacen* y creo, por mi parte, que la Verdad —aunque sea mínimamente— debemos *cantarla* y construirla entre todos. Es cierto que yo no transito por la vida aupado en la admirable carroza de “auctoritas” intelectual en la que van montados los sabios, sino en la insignificante carreta de mis propias convicciones. Pero he decidido escribir estas páginas porque sé que hay otras carretas como la mía, otras gentes como yo a las que quizá no desagrade ver cómo manejo las riendas de mi pensamiento, riendas que son muy parecidas a las que ellas tienen en sus manos; lo he escrito porque he creído que es bueno detenernos alguna vez a mirar cara a cara esas palabras mágicas, recias, consistentes y de peso, palabras de aquí y de todas partes, de ahora y de siempre, palabras que no se lleva ni se llevará nunca el viento.

A

AGNOSTICISMO

La pregunta que quizá nos hemos hecho con mayor frecuencia los seres humanos ha sido: ¿después de esta vida, nos espera algo, nos espera alguien? Los creyentes afirman categóricamente que en el más allá nos aguardan dioses y eternidades. Los ateos niegan tal cosa con la misma rotundidad y los agnósticos se limitan a decir que ese es un tema del que nada saben.

Opino que sería un gran error confundir agnosticismo e ignorancia. El “no saber” de los agnósticos cultivados es una meta a la que se llega tras múltiples búsquedas y lecturas, tras años de reflexiones, de estudio y de pensamiento. Por el contrario, al “no saber” del ignorante podríamos considerarlo como el umbral del que parte quien, por diversas circunstancias, jamás estudió ni reflexionó ni buscó. El agnóstico ve al Misterio como un puzle en el que no alcanza a colocar adecuadamente todas las piezas con las que cuenta. El ignorante no tiene piezas y, a veces, ni siquiera tiene misterios, pues se halla repleto de fábulas y despreocupaciones. En el agnóstico hay inquietudes sin respuesta. En el ignorante se da la quietud sin preguntas.

Bajo un punto de vista religioso y, puesto que parecen racionalmente indemostrables tanto la existencia de dioses y de vidas ultraterrenas como su no existencia —¿quién puede probar que algo no existe?— los agnósticos optan por vivir guiándose sólo de la luz del intelecto y por no aceptar hechos o personajes que se escapan a cualquier comprobación. Tampoco se declaran ateos porque, hacerlo, sería proclamar una certeza que no poseen. Sin embargo, este nadar entre dos orillas no es óbice para que el sentido común les lleve a ver más creíble uno de los dos lados: aquél

en el que no florecen las “revelaciones” incontrastadas, sino los empirismos y las pruebas. Consideran que siempre se puede confiar mejor en la minoría que intenta razonar que en mayorías, por muy aplastantes que sean, que confiesan su atrevimiento de creer lo que no ven, mayorías que aceptan sin cuestionarlas doctrinas encontradas en el área del mundo en el que el destino hizo que nacieran y que sufren indolencias que les impiden replantearse cualquier desaprendizaje y cualquier búsqueda de su propia verdad.

El agnosticismo no es un peligro social. Es falso que, sin credos religiosos, todo esté permitido y desaparezcan el orden moral y la limpia convivencia ciudadana. ¿Por qué las distintas Iglesias propalan que sólo sus dioses logran ahormar la sociedad cuando la realidad histórica nos demuestra que son precisamente esos dioses los que con bastante frecuencia generan guerras, depravaciones y conflictos? Obviando a la divinidad y pensando tan sólo en el hombre, pueden establecerse democráticamente códigos de conducta que, en mi opinión, siempre serán preferibles a los códigos que se imponen porque alguien dice que un dios determinado los ordena. Somos muchos los que vemos más sólido el humanismo ético que cualquier teocracia y los que priorizamos las leyes parlamentarias que organizan el aquí y el ahora sobre las leyes confesionales que tienen por fin primordial la conquista de un hipotético más allá. Gonzalo Puente Ojea señala que *la cosmovisión del agnóstico entraña una moral asentada, en último término, en la afirmación universal de la finitud como nota fundamental de la realidad. De este modo, el agnóstico es todo menos un ser mutilado o empobrecido. Es la huida del mundo hacia un trasmundo desconocido y sólo enunciable en abstracto, lo que mutila y empobrece.*²

Engañan también quienes, pensando en los “infelices” agnósticos, afirman que sin fe no lograremos ser dichosos en la tierra. La felicidad es, por supuesto, un pajarillo esquivo que si no lo encontramos en los cielos interiores de nuestro espíritu, no lo hallaremos en ninguna otra parte y, mucho menos, en ajenos cielos inventados por alguien cuyas intenciones se nos escapan. Reconozco que existen gentes admirables a las que su fe les ayuda a vivir y les dota de un efecto multiplicador para el bien que

2. ELOGIO DEL ATEÍSMO-Los espejos de una ilusión, Gonzalo Puente Ojea, Siglo XXI Editores, Madrid, 1995, páginas 300-301.

hacen a los demás —con gran gozo personal por su parte— en asilos de ancianos, casas de pobres, centros para discapacitados, misiones en el tercer mundo, etc., pero del mismo modo habría que reconocer que existen gentes igual de admirables que, individualmente o incardinadas en meritorias organizaciones no gubernamentales, se entregan al prójimo rechazando creencias que tienen copiosos componentes de miedo, ciega irracionalidad y amenazas de horribles infiernos, algo que no siempre ayuda a sazonar de alegría la existencia.

Termino con las palabras que Clemente García Novella³ cita del agnóstico Robert Green Ingersoll, escritas por éste último una vez que logró desasirse del radicalismo presbiteriano de su padre. Es un canto entusiasta a la felicidad: *Cuando me di cuenta de que todos los espíritus y los dioses eran mitos, entró en mi cerebro (...) el sentimiento y la alegría de la libertad (...) Era libre, libre para pensar, para expresar mis ideas, para vivirlas (...) libre para usar todas mis facultades, libre para extender las alas de la imaginación, libre para investigar, para dudar y soñar, libre para juzgar y determinar por mí mismo, libre para rechazar todos los credos ignorantes y crueles, todos los libros inspirados y todas las leyendas bárbaras del pasado (...) libre de los que se creen elegidos, libre de los errores santificados y de las mentiras sagradas, libre del miedo al castigo eterno, libre de los monstruos alados de la noche, libre de fantasmas, demonios y dioses.* Igual que Green Ingersoll, son muchos los que ven al agnosticismo como sinónimo de libertad, una libertad que no disfrutan quienes se encuentran atados a grilletes tanto de creencias fanáticas como de fanático ateísmo.

ALMA

De acuerdo con la doctrina católica, todas y cada una de las almas son creadas de forma directa por Dios, pues ninguna de ellas podría surgir únicamente por el devenir biológico del hombre. Al parecer, se trata de

3. ¿DÓNDE ESTÁ DIOS, PAPÁ?, Clemente García Novella, Indicios Editores, Barcelona, 2012, págs: 159-160.

una creación constante y milagrosa, aunque Dios utilice a los progenitores para sustanciar ese portento. Lo que la Iglesia no ha fijado es el instante exacto en el que las almas se funden con su embrión respectivo. ¿Los óvulos recién fecundados tienen ya alma? ¿La tiene el cigoto de un par de semanas? ¿Qué momento espía Dios que llegue al seno de la mujer para sacar de la nada un ente inmaterial que ya no morirá jamás y para inyectarlo en ese cigoto, en ese óvulo, en ese embrión? ¿Y en qué matriz femenina, en qué día de la evolución humana Dios se decidió por primera vez a obrar el prodigio que dejaba a una madre en el orden de lo simiesco y elevaba a la criatura que llevaba en su entraña al orden de lo inmortal? Porque debió haber un primer día en el que una primera hembra de mono recibiera ese primer don de un alma para el hijo que acababa de concebir, para el hijo que iniciaba la humanidad, quedando ella en el mismo reino animal en el que estuvieron todos sus antecesores.

Pienso que seguir buscando hoy la acción divina donde bastan las leyes de la biología,⁴ es un recurso innecesario, un vano empecinamiento, una lamentable forma de dar por objetivamente real lo que sólo es subjetivamente imaginario. El dualismo de alma y cuerpo, preconizado por Platón y continuado luego por Aristóteles o santo Tomás, entre otros, resulta insostenible en el siglo XXI a la luz de la ciencia. Quien rechaza esa luz y permanece en las tinieblas del ayer, seguirá confundiendo mito y realidad aunque mil soles brillen a su alrededor. Tan atrás van quedando para la mayoría de las gentes los tiempos en los que al espíritu se le atribuía independencia de la materia y de cualquier exigencia evolutiva que, hasta muchos teólogos, admiten ya que lo que ellos ahora denominan alma se engendra en las alcobas del cerebro, en el cerebro vive permanentemente y, fuera del cerebro, no puede existir. También numerosos intelectuales cristianos se alejan ya del viejo concepto tomista de alma espiritual.⁵

Aunque el descubrimiento de la evolución de las especies terminara con la leyenda de Adán y de Eva y hayamos llegado a la conclusión de que no hemos salido de las manos de un Dios alfarero, ¿habrá algo más divino

4. Ver LA BÚSQUEDA CIENTÍFICA DEL ALMA, Francis Crick, Círculo de Lectores, Barcelona, 1994.

5. QUÉ ES EL HOMBRE, Evolución y sentido de la vida, Pedro Lain Entralgo, Ediciones Nobel, Oviedo, 1999. Págs. 229-231.

y sobrecogedor que ser materia que razona, materia que goza, materia que sufre, materia que ama? ¿Habrá algo que pueda causarnos mayor asombro y mayor gozo que, como el pedernal, sentirnos piedras toscas que dan luz, insignificante polvo con capacidades de guardar dentro de su nimiedad la infinitud de los cielos? ¿Habrá algo más grandioso que ser carne frágil que reta los misterios y va diariamente al encuentro de la verdad del universo? Y, por otro lado, ¿habrá riesgos peores que esperar eternos paraísos de irrealidad cuando nuestra realidad física se derrumbe, olvidándonos de gozar en la tierra el paraíso que supone vernos maravillosamente humanos, a medio camino entre lo tangible y lo intangible, entre lo que consideramos inerte y lo que llamamos celestial?

Fue ese estar abocados a la destrucción total lo que nos empujó a inventarnos un alma que pudiese vivir siempre. Necesitábamos no perecer y, puesto que el aniquilamiento de los cuerpos resultaba fácilmente constatable, nos refugiarnos en la ilusión de que lo que no se apagaba nunca era la llama de nuestra consciencia, la que nos permite darnos cuenta de que existimos. Conviene quizá recordar en este momento que no fueron las religiones las que crearon el concepto de inmortalidad, sino que fue nuestro hambre de ser inmortales lo que creó las religiones. Tanto ellas como el alma son la consecuencia de nuestra aversión a morir y a desaparecer para siempre. ¿Debemos lamentar que la realidad nos haya despertado de un sueño tan consolador, igual que nos echó del centro del universo en el que nos colocamos hasta que llegó Copérnico, igual que tuvimos que abandonar las filiaciones divinas que nos otorgamos hasta que Darwin demostró de dónde procedíamos, filiaciones que nos reservamos para nosotros solos porque estimábamos que nada teníamos que ver con la “bajeza” del animal? Al animal, por cierto, le negamos el espíritu, como si la evolución le hubiera hecho tan distinto y tuviera formas tan alejadas de las nuestras de amar, sufrir y gozar.

Mi paisana santa Teresa de Ávila decía en el siglo XVI que *el alma es un hermoso y deleitoso castillo en el que hemos de ver de qué modo podemos entrar*.⁶ Por mi parte, considero que las mujeres y los hombres del siglo XXI

6. OBRAS COMPLETAS, S^a Teresa de Jesús, Moradas del castillo interior, Cap. I, 5. BAC, Madrid, 1986. Pág. 473.

lo que hemos de ver es el modo mejor de salir —sin padecer decepciones ni desgarrar alguno— de ese castillo hermoso, deleitoso... y ficticio que nos habíamos construido en pasadas épocas teocráticas. Estoy absolutamente convencido de que, fuera de él, hay también muchas razones para sentirnos, aunque mortales, gozosamente humanos.

AMBICIÓN

Como tantos otros conceptos, la ambición tiene dos caras y dos vías. El ambicioso puede ir —respetando códigos morales por los que se rija la sociedad en la que él se encuentra— por un camino de nobles pretensiones que le permita obtener cada día más y ser cada día mejor con relación a lo que era o tenía al nacer. La cara torva de la ambición está personificada por los que, careciendo de normas y violentando leyes, echan a correr por sendas de desmesura tras el dinero, los honores, el poder o la influencia, sin importarles arrollar a cuantos les entorpezcan alcanzar las metas que se proponen.

La experiencia nos dice que sólo medran los colectivos que albergan en su seno a seres audaces. Por eso, habría que desterrar el rechazo indiscriminado de toda apetencia, al estilo en el que lo hacían los viejos educadores de la juventud. Uno de ellos escribía hace doscientos años: *El ambicioso es el azote más temible que pueda amenazar la tranquilidad de los pueblos. Semejante a un torrente impetuoso que derroca lo que se opone a su paso, destruye cuanto se le resiste.*⁷ Así. Tal cual. Generalizando sin ningún empacho y no deteniéndose ante matización alguna. Lo que hay que lograr es que, cuando la ambición se da, sea siempre una ambición sana, una ambición que sepa ser creativa sin destruir a los demás, que se permita la generosidad con los que menos tienen y que evite la mezquindad del egoísmo feroz y de la estúpida avaricia.

7. LES TRÉSORS DE L'HISTOIRE ET DE LA MORALE, Extraits des meilleurs auteurs grecs, latins et français, pour l'éducation de la jeunesse. A. L. Delaroche, Le Prieur-Libraire, Paris, 1809, pág. 19.

La mala fama que la ambición tiene —tanto si adopta su cara torva como su cara noble— quizá se deba en parte al miedo que algunos interesados moralistas siempre sintieron ante los que gozan de capacidad para cambiar las cosas. Hay corrientes ideológicas muy conservadoras que prefieren que todo siga igual, que nada varíe y que nadie abra horizontes de futuro que, esos mismos que se autoproclaman árbitros del bien y del mal, ignoran si podrán o no controlar. La quietud de acción y de pensamiento ha convenido históricamente a los que diseñan ortodoxias y viven de ellas.

Pero es un hecho que necesitamos espíritus con vocación dinamizadora y con agallas para la rebeldía y el riesgo, inmunes al desánimo y prestos al sacrificio. Necesitamos *torrentes impetuosos* —por utilizar la terminología de Delaroche— personas con capacidad de arrastre y que alberguen sed de lejanías, que no se amedrenten ante lo desconocido, que empujen a los demás, que sepan repartir tareas y recompensas, que se satisfagan con el legítimo orgullo de construir y dejen de lado tanto el simplismo de los conformistas como la malicia enfermiza de los dinamiteros. Necesitamos en la sociedad una ambición higiénica y positiva.

AMISTAD

Siendo yo muy niño, en años durísimos de escasez y posguerra, mis padres compraron su primer receptor de radio. La televisión era entonces una desconocida en España y tardaría largos años en reinar sobre nuestros hogares, por lo que aquel “Telefunken” de lámparas, líneas esbeltas como las de una minicatedral y ciento quince vatios de potencia fue entronizado en la mejor habitación que teníamos. Se trató de una maravillosa novedad para todos. En mi mente de crío, el reluciente aparato —que hoy guardo conmigo con la misma unción que se guardan las reliquias más veneradas— se me antojaba una especie de inexplicable milagro. Yo veía cómo en él los mayores hacían girar la rueda del dial para que una aguja blanca se paseara de izquierda a derecha, o viceversa, sobre nombres de emisoras que supe leer después: Radio Montecarlo, Radio Marsella,

Radio Valencia, Radio Intercontinental, Radio Bilbao, Radio Andorra, Radio Madrid... El trájín sintonizador iba acompañado siempre de pitidos, chasquidos, cacofonías sin cuento hasta que la aguja llegaba a un determinado lugar y, sin saber por qué, cesaba el ruido y la habitación se llenaba de música o de palabras.

A lo largo de la vida, cuando he reflexionado en el misterio que envuelve las relaciones humanas, me he acordado muchas veces de mi viejo “Telefunken”. Y es que hay personas que, ya sean altas o bajas, guapas o feas, listas o torpes, desde el primer momento que nos encontramos con ellas nos causan incomodidad, ruido interior, cacofonías, deseos de alejarnos de su presencia. Otras, por el contrario, sin saber tampoco por qué, tan pronto como las vemos nos llenan el alma de música, “sintonizando” de inmediato con su forma de ser y de pensar. La amistad surge porque surgen esa sintonía y esa conexión tan inexplicables a veces racionalmente como para mí lo eran las conexiones de onda que se daban en la radio de lámparas que disfruté en el hogar paterno.

No es raro que llegue un momento en el que la sintonía de la amistad, por muy diversas causas, se vaya alejando poco a poco y desaparezca como desaparecían la música o la voz de los locutores en el “Telefunken” de mi infancia, pero podemos intentar una y otra vez volver a sintonizar con el amigo, si éste merece la pena. Cuando tal cosa resulta imposible, tampoco hay que desesperarse, pues el dial de la vida es muy ancho y no dejará de ofrecernos nuevas sorpresas y encuentros nuevos, nuevas melodías que nos inunden el espíritu.

Lo que sí parece bueno es tener cerca permanentemente a alguien que nos inspire absoluta confianza; alguien que posea el don de que, cuando nos equivocamos, sepa corregirnos sin que sus censuras nos hagan daño; alguien que adivine en el fondo de nuestros ojos las preocupaciones que nos asaltan, y las alegrías que nos inundan, y las esperanzas con las que soñamos, y los miedos que nos atenazan; alguien que conozca todo de nosotros, incluso los peores defectos y, sin embargo, nos aprecie y quiera; alguien que posea la grandeza de, en los momentos de bonanza, acudir sólo cuando le llamamos y, en los momentos de infortunio, posea la generosidad de aparecer sin ser llamado, con el rostro sonriente y las manos dispuestas a la ayuda. Alguien, en definitiva, con quien nos apetezca obrar

del mismo modo que él lo hace sin llevar contabilidad alguna de quién da más y quién recibe menos.

Creo que cometeríamos un error enorme otorgando en nuestras vidas mayor protagonismo a los enemigos que a los amigos. A los primeros nunca los convenceremos de nada y es una pérdida inútil obsesionarnos con ellos o en ellos malgastar cualquier energía. Es en los segundos, en los amigos, en los que conviene invertir pensamientos y horas de conversación, de afecto y de intimidad. Por eso, quizá no le faltara razón al filósofo y político inglés Francis Bacon cuando, al enumerar los grandes placeres que pueden recrearnos la existencia, citaba los viejos leños que podemos echar al fuego, el viejo vino que nos es dado beber, los viejos autores cuyos libros nos siguen esperando... y los viejos amigos de cuya cordialidad disfrutamos.⁸

AMOR

He aquí una palabra de dimensiones colosales que llevamos inserta en los tuétanos de la carne y en los repliegues más recónditos de nuestro espíritu. Desde que dejamos de ser homínidos para entrar en la nobleza de lo humano, convertimos el instinto en amor, un amor que nos impele no sólo a procrear como hacen todas las especies animales, sino a sentir adoración por la persona que nos ha enamorado, un amor que enseña a vivir de otra manera, a componer versos, a llenar de arte los museos, de sueños la mente y de gozo el corazón.

Es cierto que existen amores de muchas clases: el de madre, el de hijo, el de hermano, el de amigo, el de esposo... Es cierto también que el amor admite todo un abanico de intensidades, de sosiegos o delirios, de afectos y ternuras. Pero, al referirnos al amor sin otros añadidos y sin otras precisiones, solemos referirnos prácticamente siempre a ese fuego en el que se funden las parejas de hombre-mujer, hombre-hombre o mujer-mujer, pues la naturaleza —aunque nos haya costado siglos aceptarlo—

8. *Vieja madera para arder* —solicitaba textualmente Francis Bacon— *viejo vino para beber, viejos amigos en los que confiar y viejos autores para leer.*

ha querido que el milagro del amor físico y anímico entre adultos pueda adoptar diversas formas.

El amor de pareja no sólo hunde sus raíces en el alma, sino que tiene dimensiones carnales inexistentes en otros amores. Porque nace en las tinieblas de lo fisiológico, estalla y se derrama por la piel, por la sangre, por los ojos y los sexos. En la relación amorosa así entendida, el afecto y la pasión —que son cosas diferentes— suelen ir de la mano un cierto tiempo al menos. Cuando sólo hay pasión, ni la unión es total ni la atracción permanece. Y, cuando el amor se construye únicamente con plácidas convivencias afectivas en las que la carne entra en languideces o monotonías, se corre el riesgo de que, a una de las dos personas que dicen amarse, alguien le haga picar el anzuelo tentador de la experiencia pasional y deje plantada a la pareja de la que hasta entonces creyó estar enamorada.

La perduración del amor es algo muy complejo que no siempre se consigue. Para ello, además de mezclar la solidez del cariño y la convulsión del arrebató, es necesaria una gran dosis de inteligencia que permita comprender al otro, no anularlo ni someterlo a dominio, facilitar tanto su mejora como su felicidad, haciendo que la vida le alimente mucho más unido a un yugo de afectos que pastando en soledad. Hay yugos que se transforman en alas si llega el amor y, aunque nadie ignore que la convivencia produce inevitables desencuentros, también es verdad que la lucidez mental ayuda a vencerlos y a no dejarse vencer por ellos.

El realismo nos obliga a aceptar que, cuando los desencuentros se tornan definitivos, lo mejor será ir en busca de otro amor que nos zarandee, nos emocione, nos ilumine los ojos, la imaginación y la carne, que nos haga sentir vivos y nos permita reencontrarnos con nuestra íntima esencia de mujeres o de hombres. No amar, en gran medida, nos hace estar muertos. ¿Cómo algunas confesiones religiosas pueden exigir a sus fieles que, cuando se les termina el amor, caminen por áridos desiertos de soledad en compañía —e incluso de odios— y en ningún caso les sea lícito salir al encuentro de amores nuevos?

El amor —en cualquiera de sus vertientes— es luz, impulso, bálsamo, devoción, fuerza, consuelo, alegría... Quien no conoció de niño el amor de sus padres ni el amor fraternal, quien después no contó con amigos